

## ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE UNA VISION TEOSÓFICA DEL MUNDO

Por Emily Sellon \*

La visión del mundo que cada individuo posee se deriva de muchas dimensiones de experiencia (incluyendo aquéllas tácitas y no tan bien reconocidas, y las que se afirman de manera consciente), pero tal visión está fundamentalmente basada en el concepto que uno posee de la realidad. Cuando nos referimos al mundo, no nos estamos refiriendo a los hechos de la existencia relativos a las cosas y eventos con que tropezamos, sino más bien a ese conjunto básico de metáforas por medio de las cuales interpretamos todo. Son éstas las que constituyen nuestra realidad personal, la verdad tal y como la percibimos, la forma en que el mundo se nos presenta en su totalidad.

Cada era y cada cultura desarrollan su propia y privilegiada visión del mundo, y todo individuo nacido en determinada cultura participa de ella. Todos somos responsables del mundo en que vivimos y tenemos que responder ante él. Incluso si vemos nuestro papel como de activa oposición a la visión del mundo que prevalece y luchamos por cambiarla, vemos que se trata de un papel que ha sido creado para nosotros por las circunstancias.

Hasta aquellos de nosotros que buscamos los valores que trascienden los beneficios materiales, sufrimos también de las limitadas condiciones impuestas por nuestra cultura, porque ellas representan una particular y penetrante manera de mirar las cosas y, en consecuencia, de percibir el mundo en que vivimos, que en este caso es un mundo cuya realidad es primeramente material, que juzga la excelencia por medio de recompensas y reconocimiento. (¿Y cuántos hay entre nosotros capaces de resistir el valor del éxito?)

Semejante condicionamiento es, por cierto, el resultado del karma; es un atributo universal que no puede evitarse. Este hecho puede y, de hecho representa, una oportunidad como también una limitación si la reconocemos en nosotros mismos, y determinamos no vernos condicionados por una parte sino por el todo, como recomienda el Lama Govinda. Pero esto requiere una clara percepción del por qué rechazamos la visión del mundo prevaleciente y la que proponemos establecer en su lugar, recordando siempre que las personas responden a los ideales sólo cuando los ven como posibilidades reales para tener una vida mejor.

---

\* Emily Sellon fue editora de la publicación *Main Currents of Modern Thought*.

Nosotros como teósofos aspiramos a promulgar una visión del mundo basada en principios teosóficos. Pero considerando que nuestro mundo no es sino un conjunto de metáforas para interpretar la realidad (y obviamente hay otras muchas), hay que reconocer que la visión teosófica del mundo no es la única visión del mundo verdaderamente válida. Obviamente debe de haber una interminable cantidad de formas de interpretar y aplicar los principios teosóficos en diferentes contextos (como lo atestiguan las grandes religiones); lo que buscamos es una interpretación que sea eminentemente apropiada para nuestros tiempos. Esta no puede ser igual a las anteriores, que estaban en un contexto diferente y, en consecuencia, tenían otras necesidades y objetivos distintos. En el siglo XIX, las enseñanzas teosóficas emergieron de una larga reclusión para actuar como catalizador en un mundo que estaba en estado de desintegración y reforma. Cien años después, la aceleración del cambio y la ampliamente reconocida necesidad de una auto-transformación cultural requerían de un impulso teosófico fresco. El mundo de hoy está muy necesitado de un nuevo conjunto de metáforas, porque no puede manejar apropiadamente sus realidades bajo los viejos términos. En consecuencia, me parece que se requiere que nosotros utilicemos una formulación distinta de las enseñanzas, que utilice el conocimiento que se nos ha entregado de la forma en que siempre se pretendió que fuera: para el mejoramiento de la condición humana.

El impulso hacia una nueva visión del mundo (o paradigma, como suele llamársele) es ampliamente reconocido, pero este impulso es confuso y amorfo, y sus resultados resultan dudosos. En este punto crítico, la teosofía puede ejercer una influencia positiva. Pero, ¿cómo podemos hacer sentir esta influencia? Me parece que la única manera de lograrlo es demostrando que semejante cambio de visión puede iluminar al mundo de manera más fresca y realista, es decir, de una forma que nos ofrezca un mejor sentido de la realidad. Una visión teosófica del mundo puede integrar muchas nuevas ideas, pero sólo si esa visión se busca consistentemente por sus valores y se aplica a situaciones de la vida inmediata. Desafortunadamente, éste no es aún el caso. Nosotros los teósofos hemos tal vez fallado en trabajar con la doctrina para que ésta inevitablemente forme parte de nuestra realidad personal –la metáfora central en términos de la cual la experiencia se torna valiosa y significativa.

Los principios teosóficos, sin embargo, están continuamente generando consecuencias para quienes los buscan, y tales consecuencias emergen, cual señales en el camino, como normas de veracidad, estándares de juicio y acción, e ideales para medir nuestras aspiraciones. Estos no son dogmas creados para decirnos cómo debemos pensar, sino pautas para no extraviarnos en la maraña de opiniones e información contemporáneas.

Como ejemplo, la ciencia está rápidamente desarrollando una cosmología que coincide con la Teosofía en muchos aspectos importantes, y ello fortalece nuestra esperanza de lograr un nuevo paradigma mediante el cual podamos interpretar nuestro mundo. Existen aún, sin embargo, grandes e influyentes áreas de la ciencia que permanecen adheridas a la estrecha y mecanicista visión del mundo, aunque muchas de sus conclusiones puedan parecer vagamente “teosóficas.” Los teósofos sólo perjudican su punto de vista cuando aceptan de manera demasiado rápida e incondicional tales conclusiones. Tomemos otro ejemplo. La explosión del interés en “los estados alterados de conciencia” y sus implicaciones, ha abierto una nueva visión sobre el alcance de las posibilidades humanas, y afirma el principio teosófico de que la conciencia es un asunto primordial en el mundo. Pero, una vez más debemos estar conscientes del dudoso rumbo que este interés está tomando, porque los terrenos espirituales que se están explorando son, desde el punto de vista teosófico, sólo distintos órdenes de materialidad sujetos a sus propias limitaciones. ¿Cómo poder manejar estas contradicciones? ¿Discriminando entre las diferentes versiones? Este, al igual que otros problemas, reafirma la importancia de articular de manera más clara la visión mundial de la teosofía, no sólo para nosotros mismos, sino para el propio mundo.

¿Cuáles son entonces las características que distinguen la visión mundial de la Teosofía, de otras? Generalizar es muy fácil. Uno pudiera decir que se caracteriza fundamentalmente por su altruismo; su respeto hacia todos los seres vivientes; la forma tan completa en que aborda los problemas; su aceptación de los procesos de cambio y crecimiento; su insistencia en el orden intrínseco y la inteligibilidad del cosmos; su reconocimiento del valor único del individuo, y la base espiritual del mundo material. Ninguna de estas posiciones es, sin embargo, únicamente de los teósofos. Lo que la Teosofía hace de manera especial es crear una red unificada de significación dentro de la cual cada uno de estos atributos (y muchos otros) hallan su causa y justificación, transformándose así en un punto inevitable de referencia a todos los niveles, para el comportamiento y la acción. Por esta razón, la visión mundial de la Teosofía puede entregarnos ambos, un contexto que lo abarca todo, y un criterio específico para el comportamiento humano que es asimismo una cosmología, una orientación científica, una posición filosófica, una psicología que da resultados, un remedio para la acción individual y social, y una motivación para el crecimiento personal y la auto-transformación.

Para incorporar los principios teosóficos a una visión contemporánea del mundo, me parece que necesitamos relacionarlos de manera orgánica. Si ese es nuestro objetivo, debemos estar dispuestos a someter el rico tapiz de las enseñanzas teosóficas a un análisis crítico, y aprender a identificarlas en términos de las necesidades

contemporáneas. Esto puede parecer ofensivamente arbitrario para muchos miembros, pero es algo que no carece de precedente. Debemos recordar que la intención principal tras la difusión de las doctrinas teosóficas es que sean *útiles* para los seres humanos, y esto ha sido claramente expresado en su literatura. Buscamos la verdad con el objeto de aplicarla a las circunstancias y, considerando que las circunstancias siempre están cambiando, nunca podrá ser la última palabra en lo concerniente a la verdad. En este caso, deberíamos tratar de volver a expresar la visión teosofica del mundo de una manera tal, que podamos nuevamente hacer visibles algunas de las verdades que los seres humanos desesperadamente necesitan, con el fin de devolver a nuestro mundo el sentido de valor y significado que ha perdido. Debido a que las enseñanzas teosóficas son profundamente paradójicas y que a menudo enfrentan una verdad con otra verdad más elevada, ésta no es una tarea fácil. El punto de partida, sin embargo, ha quedado en claro.

El origen de toda enseñanza teosofica, es decir, su principio más fundamental, es un dualismo no radical. La realidad es lo que es, está más allá de todo condicionamiento, simultáneamente trasciende la existencia, e impregna cada aspecto del mundo. En consecuencia, la Teosofía nunca afirma la supremacía ni del espíritu ni de la materia, ni admite la separación entre la mente y el mundo material. Niega enfáticamente todas las interpretaciones dualistas del mundo y todo esfuerzo en pro del reduccionismo, sea éste religioso o científico. Esta posición es básica respecto de su visión del mundo.

Este dualismo no radical se extiende hasta abarcar cada percepción de los fenómenos naturales y toda cuestión relativa al significado y el propósito de la vida. Por ejemplo, si consideramos que la conciencia (o el espíritu) es un ingrediente intrínseco de la existencia, sin el cual ésta no podría tener lugar, cada ser (animado o inanimado, como suele llamársele) incluye este principio de alguna forma que cumple con sus necesidades internas. La conciencia, por lo tanto, debe ser tomada en consideración del mundo natural o humano. Ninguna visión del mundo puede considerarse completa si no toma en cuenta el papel que corresponde a la mente en los procesos formativos de la naturaleza. Por otro lado, la conciencia nunca puede hacer su aparición ni funcionar creativamente sin una forma adecuada. Su florecer es absolutamente dependiente de la creciente complejidad y el perfeccionamiento del mundo material. En consecuencia, espíritu y materia coexisten en el universo y son dos caras de la misma realidad. Como dijera el Buda: *nirvana* y *samsara* son uno.

De este modo, la visión teosofica del mundo es fenomenológica, pero está enraizada en lo que Fritz Kunz siempre llamaba el realismo trascendental. Por eso puede reconciliar la constante presencia de las realidades ideales (en el sentido

platónico) con la problemática naturaleza de la existencia, y aceptar la relatividad del mundo sensorial, y la condición única del yo individual sin disminuir en forma alguna la plenitud y la unidad del mundo. Esto trae toda clase de consecuencias. Hace posible apreciar la paradójica naturaleza de la verdad y la multidimensionalidad del mundo, el vivir con incertidumbre, abrirnos al cambio como el carácter de cuanto viene a la existencia, y a reconocer nuestra responsabilidad en el mundo –todo eso con la consciente certidumbre de que es el Yo quien se enriquece con ello.

Las enseñanzas teosóficas han expresado este no-dualismo fundamental mediante una polifacética descripción del mundo que a veces nos parece demasiado detallada, confusa y contradictoria. Esto es algo que incomoda a mucha gente, pero que para mí constituye su fuerza. Porque la vida en sí está llena de contradicciones y la verdad es multidimensional. Sólo cuando nos hacemos tolerantes de esta situación podemos comenzar a despegarnos de la red de nuestras propias opiniones y prejuicios, comenzando a percibir el significado interno y el valor de nuestro mundo tan necesitado.

Se nos dice que la creatividad infinita de la Mente Divina (el Principio del Logos) halla la quintaesencia de su expresión en la capacidad creativa del ser humano para darle forma a su mundo y lograr la realización de su propio destino, su dharma. A través de la historia, el ser humano ha seleccionado como base para la acción ciertas verdades (no importa cuán equivocadas), aplicadas según los parámetros establecido para sí mismos. Después de todo, la libertad más fundamental que todo ser humano tiene es aquella que le permite cometer sus propios errores. El hecho de que la visión humana es defectuosa, sólo enfatiza la importancia de la continuidad de nuestra lucha para lograr vislumbres de la Bondad, la Verdad, y la Belleza, a través de la oscuridad de nuestra condición.

De modo que el ser humano siempre continuará creando el mundo según su presente visión de la realidad, porque ello es propio de su naturaleza. Como dijera Plotino, la Inteligencia tiene la capacidad de “producir todas las cosas pensando siempre de la misma manera, pero continuamente con una nueva diferencia.” El mundo que nosotros los seres inteligentes producimos será siempre fundamentalmente un mundo humano, pero su cualidad—ya sea más o menos compasiva, humana, no egoísta, o iluminada—dependerá de una “nueva diferencia” en nuestra percepción de las antiguas verdades. ¿Acaso el nuevo conjunto de metáforas que ahora estamos desarrollando para describir la realidad incorporará lo mejor del discernimiento humano, o es uno de los más insustanciales deseos humanos?

En estos momentos tan crítico del tiempo, cuando todo lo que es importante parece estar en la balanza, el peso de los principios teosóficos podría ser lo que la

incline. Pero para que esto ocurra, pienso que éstas deben percibirse de una nueva forma, es decir, que la visión teosófica del mundo debe aplicarse de una manera distinta, no de forma fragmentaria, sino como una vestidura sin costuras, realmente unificadora, inmediata y conforme a (vale decir, formada por) las persistentes necesidades de nuestros tiempos.

---